



DOS CUENTOS DE JAVIER VILLAFañE

UN ESCRITOR CONCIENTE

Un escritor fue a ver a su editor y le dijo:

—Le traigo los originales de mi último libro.

—Lamento decirle que no podré editarlo —respondió el editor, y agregó: —Publiqué tres novelas tuyas y no se vendieron. ¿Comprende?

—Pero se van a vender si edita mi último libro.

—¿Por qué?

—Porque voy a suicidarme.

El editor sonrió y dijo:

—No se olvide de que vivimos en una gran ciudad donde todos los días se suicida mucha gente.

—He pensado hacer un gran escándalo —aclaró el escritor—. Voy a tirarme desde la punta del Obelisco. Ud., abajo, pone un quiosco con todos mis libros y a un empleado con un altavoz que repita: “Aquí se venden los libros del escritor que se tira de arriba. Mírenlo cómo cae”. ¿Qué le parece? Estaré tres días en la punta del Obelisco. En tres días, con el autor arriba y a punto de tirarse, se pueden vender muchos libros.

Al editor le gustó la propuesta pero puso una cláusula:

—Ud. subirá desnudo y con plumas.

—Sí.

—Pero pongo otra cláusula. En vez de tres días estará una semana arriba del Obelisco. Deme más tiempo para vender sus libros.

—De acuerdo.

El editor mandó a la imprenta el último libro del escritor. El escritor corrigió las pruebas. Vió el libro impreso. Se desnudó y se puso plumas en la barba, en el pecho y entre los dedos de las manos. Salió de la editorial desnudo y con plumas. Caminó por el centro de Buenos Aires. Se confundió entre esa multitud andando y nadie se dió cuenta de que no iba vestido como ellos. Cruzó una avenida. Había mucho tráfico. Vió un quiosco con sus libros y subió al Obelisco.

Un altavoz comenzó a repetir: “Aquí se venden los libros del escritor que se tira de arriba. Mírenlo cómo cae”.

Pero la gente que pasaba tenía prisa. Unos iban a tomar un ómnibus, otros un subterráneo. Además nadie quería ver más sangre que no fuera la suya.

A la semana el escritor cumplió con la última cláusula del contrato y se tiró desde la punta del Obelisco. Cayó sobre el pavimento desnudo y con plumas. Se habían vendido doce libros. Se interrumpió el tráfico por unos minutos. Después siguió lo mismo igual que antes.

148

QUIZAS DIOS

Cuando abrió la puerta y entró en la cocina se avivó la luz de la lámpara. Era un hombre con los cabellos largos y la barba rizada.

—Vengo desde muy lejos —dijo, y señalando un laurel que estaba frente a la cocina preguntó: —¿Puedo dormir al pie de ese árbol?

—Sí —respondió don Ismael, y agregó: —¿Quiere comer?

—No, señor, gracias.

Cerró la puerta y salió al patio.

—Don Ismael —dijo Eufemia, la cocinera—, cuando ese hombre me miró bajé la cabeza. No me atreví a hablarle.

Don Ismael no respondió. Encendió una lámpara y se fue a su cuarto.

Eufemia descolgó la lámpara de la pared. Iba llevando la lámpara y la cocina seguía iluminada. Llegó a su cuarto y sintió miedo.

Don Ismael puso la lámpara sobre la mesa de noche. Se desvistió y se acostó.

Eufemia se preguntaba: “¿Cómo pudo llegar hasta la cocina y abrir la puerta sin que un solo perro hubiese ladrado? ¿Por qué se avivó la luz de la lámpara cuando él entró? Es el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo. Yo lo ví. Era El. Tuve que haberme arrodillado y besarle los pies y decirle: “Señor, yo soy una pecadora. Perdón”.

—Abre todas las puertas —decía don Ismael—. No tiene hora para llegar. Viene buscando al pecador. Es El. Señor, yo soy un ladrón. Yo le robé estas tierras a mi hermano. Perdón.

—Por qué —se preguntaba Eufemia— no le ofrecí mi lecho y le dije: “Señor, esta es su cama con las sábanas limpias, duerma aquí y yo voy a dormir al pie del laurel, bajo el rocío”.

—Por qué no le dije —pensaba don Ismael que no podía conciliar el sueño—: “Pase Ud., Señor. Yo lo voy a llevar de la mano. Duerma en mi cuarto, en mi cama. Ahí está Ud. en la pared, en esa cruz clavado. Pero escúcheme. Yo soy un pecador.

—Perdón —decía Eufemia—. Yo pequé, Señor Jesucristo. Perdón.

—Yo robé —decía don Ismael—. Perdón.

Cantaron los gallos. Amanecía.

Don Ismael y Eufemia llegaron a la cocina. Don Ismael abrió la puerta y salió al patio. Eufemia iba detrás de él. Pusieron las lámparas en el suelo. Miraron. Nadie había dormido al pie del laurel.

Javier Villafañe